

dumbres, fuese Lafayette primero á los castillos señoriales de su noble familia y luego al campo de Metz donde le reservaban un importante mando militar todos los gobiernos. Y desde allí clamaba que no valían cosa ninguna los girondinos; que todo se aparejaba para una dominación jacobina; que los soldados se indisciplinaban cada día más; que Dumouriez no le quería; que Brissot le detestaba; que los Reyes sólo pensaban en vengarse de sus servicios á la libertad, que si en tales condiciones la guerra sobrevenía, no le quedaba otro refugio sino volver al principio de su vida y buscar en el corazón de los pueblos, por él emancipados sobre las tierras del Nuevo Mundo, la gratitud y amistad negadas á su persona por el corazón de los franceses. Mas estas quejas de Lafayette no pasaban por ningún camino del verbo al acto. Dumouriez ya lo sabía, y cuando le presentaban una de sus quejumbrosas cartas, alzábale de hombros exclamando: «palabras, palabras, y sólo palabras.» Apesar de Lafayette, sobre Lafayette, contra Lafayette, se declaró la guerra; y el gran general de la revolución, como el loro de los portugueses, tuvo que ir á donde lo llevaron, y por obedecer tuvo que mandar. Todo lo había preparado con verdadera ciencia y verdadero arte Dumouriez. El general Montesquieu, sumamente protegido por la Gironda y muy ligado con Barbaroux, fué á Marsella con encargo de alistar treinta mil soldados y expedirlos sobre Saboya; Lafayette, situado en Dun y Rochambeau no lejos, debían ir cada cual con sus tropas correspondientes, el primero por Givet á Namur; el segundo, por Mons, á Bruselas. Nada que necesite la dirección única, el silencio profundísimo, el secreto misterioso, el disimulo pérfido, hasta el engaño adrede, como la guerra; y en peligro alguno zozobran los Estados con tanta facilidad como en esto de abandonar y declinar el mando de los ejércitos sobre la voluntad colectiva y fluctuante de los partidos poderosos en las luchas políticas, diversas y muy diversas de las luchas en armas. Ni la Gironda, ni los constitucionales querían á Rochambeau; y como no lo querían, cual si la guerra fuese cosa de juego entre compadres, pesaron sobre Dumouriez, y le constriñeron, tras ocho días de intrigas, á que revocase las órdenes dadas para que Rochambeau partiera contra Bruselas, entregase sus tropas comandadas por éste al mando de Biron y lo dejaran inactivo en la retaguardia, sobre Valenciennes. Dumouriez acariciaba las más engañosas ilusiones. La cabeza de los girondinos sería él, y no Brissot; quedárase Robespierre hecho un soldado de á pie, y espiadísimo, en la legión jacobina, tomando él su dirección y mando; Prusia se apartaría de Austria en cuanto Lafayette propinase á los austriacos, fáciles de vencer, la primera paliza; y Bélgica toda en revolución, uniríase para siempre á Francia y proclamaría el Código fundamental francés: que ansioso de libertad estaba el pueblo. Doce mil hombres emprendieron la campaña y comenzaron las operaciones comandadas unas por Biron, quien pasó la frontera de Bélgica el veintinueve de Abril: otras por Dillon que se lanzó de Lila sobre Turnay con tres mil quinientos soldados y otras por Carle, que fué sobre Furner con mil doscientos. Pero está de Dios que sean

malos todos los comienzos de cualquier obra social, como está dispuesto por Dios que sean dolorosos todos los partos naturales. En el delirio de la revolución se mandaban clubistas, no soldados, á la frontera. Estos clubistas, lejos de callar y obedecer, se lo hablaban todo, se metían en todo, deliberaban sobre todo. Cada soldado debe prestar confianza perdurable á su jefe y distribuirla entre sus compañeros; aquellas bisonas gentes en armas desconfiaban de todo, y á cada paso creían tropezar con traición y con traidores.

Así pasó en el primer encuentro del ejército de la nación francesa con el ejército de las monarquías europeas, aquello que se hallaba dentro del orden lógico y natural de las cosas, lo que no podía menos de pasar forzosamente: un revés de la revolución. Había Dillon marchado, en cumplimiento de órdenes superiores, á Turnay desde Lila. Pero no las llevaba todas consigo. En primer lugar, apareciase á sus ojos el grupo militar, bajo sus órdenes puesto, patriota y mucho, pero poco guerrero. En segundo lugar iba como á la buena de Dios, sin género alguno de confidentes y sin clase ninguna de confidencias. En la caza, el cazador afina mucho los ojos; en la guerra, el guerrero afina mucho el cálculo. No hubo menester Dillon más que descubrir el punto, fin y objeto de su marcha, para sentir y conocer que andaba como á ciegas y á tientas, sin que los belgas fronterizos mostraran en la raya el entusiasmo revolucionario y cumplieran las cooperaciones prometidas en la operación, trazada y dispuesta por Dumouriez, á los operadores. No apareció, pues, ni asomo de cooperación armada, ni sombra de cooperador. Los irruptores reconocíanse repulsivos al pueblo que redimían y al suelo que pisaban. Esta sorpresa moral de Dillon le sugirió la seguridad completa de otra sorpresa militar; mas, fiel á la consigna que le habían dado, y á la orden que había recibido, campó ante Turnay, pero sin realizar antes ninguna exploración, por miedo á que la sospecha se tornara en seguridad, y sin expedir ningún destacamento explorador, presintiendo que lo copaban. Así dió la orden de pararse para que la tropa reparara sus fuerzas con el rancho de la mañana y no almorzó él, pues los recelos le anudaban la garganta y le impedían toda gana matinal. Apenas desbridaban los jinetes sus caballos, y los bagajeros entregaban al forrajeo sus acémilas, y cocían el rancho alegremente sobre leña los regocijados rancheros, apareció por el flanco la enemiga gente, amenazando á los descuidados invasores, del todo sorprendidos. Dos generales austriacos mandaban las tropas realistas, compuestas por tres batallones de infantes muy aguerridos y seis escuadrones de jinetes muy descansados. Así, con la mayor facilidad y prontitud, destacaron unos cuantos caballos ligeros contra los desapercebidos franceses, y pusieron en debida posición algunas piezas de artillería. Mas causaron tal terror sobre los bisonos, sobre los inadvertidos, sobre los confiados revolucionarios, sin confidentes, sin escuchas, sin espías, sin exploradores, que Dillon dió la orden de retirada, y en aquel esparcimiento, á que sus soldados acababan de darse, creyendo llegar y vencer, no podía tal orden cumplirse sin tardanzas inevitables y sin grande

confusión. En los primeros momentos la disciplina militar supo sobreponerse al pánico francés, cuando, de súbito, sin razón alguna, sin causa conocida, estando la operación ya comenzada bajo los mejores auspicios, los coraceros se arremolinan, se desbandan, se toman la retirada por sus manos, y dan al enemigo una victoria, tanto menos explicable, cuanto más dominio sobre sí mismos éstos mostraban, prosiguiendo su camino como en una parada, impasibles, cual figuras mecánicas, acostumbrados á no proferir una voz, ni á disparar un tiro, mientras no lo dispusiesen sus generales, obedecidos, como debe á la cabeza obedecer el brazo. Se creyó ver según aquel ejemplo adverso, y deducir de aquella retirada súbita lo que sería luego el conflicto entre los revolucionarios y los realistas, sujetos los unos á las espontaneidades terribles de su fácil espanto y sujetos los otros á la fuerte mecánica de una severa ordenanza. En cuanto llegó el ejército realista, como en correcta formación, á la frontera, se detuvo, mientras el ejército revolucionario, asombrado, espantadísimo, disperso, corría, sin saber á dónde ni por dónde; abandonaba un caballo aquí, allí una pieza de artillería, en todas partes la provisión para su alimento y las municiones para su oficio, como perros con maza, matando en el desvarío de su pánico al pobre general, que tuviera la desdicha de comandarlos sin precauciones, en la empresa, y en la derrota de retenerles sin autoridad y sin fuerza. ¡Horrible desbandada! Llegados á Lila, como entonces el misterio político reinaba en todas partes tras los desvanecimientos del misterio religioso, y la sospecha descubría un traidor en cada francés resuelto á sacrificarse por la patria, gritaron traición los desbandados, traición los populares, traición fugitivos y paisanos, quienes no encontraran otra justificación á su pánico que arrastrar por las calles los pobres generales.

La parte, que á Biron tocara en la operación, salió en sus comienzos con fortuna mejor, aunque no en su fin. Era este Biron uno de los más fieles y expertos soldados, con que podía contar la revolución. Descendiente y heredero de generales famosos; el culto á la milicia radicaba en su alma, como un afecto, no solamente suyo propio, como un afecto atávico, vínculo de lealtad y de honor. Apuesto sin jactancia, valeroso sin temeridad, afluente sin garrulería; noble más por las acciones personales que por los títulos de su abuelo recibidos; la idea progresiva le absorbía el seso desde la niñez; y á servirla, tanto en América como en Europa, dedicó un corazón henchido de santo entusiasmo y una espada limpia de toda mancha. Corría el veintinueve de Abril en mil setecientos noventa y dos, cuando Biron tomó el pueblo de Quievren, camino de Mons, empezando con brillo y acierto las operaciones contra Bélgica correspondientes á su ejército, comandado con verdadera competencia por su reconocido mérito. Ganado Quievren, dirigióse á Mons, encontrando resistencias, vencidas fácilmente por su coraje que le llevó en un día solo á las alturas desde donde se descubre y domina la ciudad belga. Esperáballo allí, cerca del punto dominado por su pericia, el austriaco Beaulieu, quien comandaba la escasa fuerza de tres mil

quinientos hombres, pero tenía la ventaja de haberse colocado en formidables posiciones y ocurrido así la fortificación como á la salvaguardia de éstas. Falto de confianzas como Dillon, receloso como Dillon de sus tropas; jurando por Dumouriez que no podía equivocarse jamás en sus previsiones respecto de Bélgica, estudiaba muy á fondo, en las largas residencias allí del ministro; husmeaba la revolución belga con su olfato militar; atisbaba todos cuantos objetos podían en aquellas perspectivas dibujarse, y abría los oídos en escucha y esperanza de lo que los hiriesen los repiques de rebato y las salvas de alegría que debían sonar en la ciudad liberal con formidable concierto, á la vista y presencia del ejército libertador. Todo fué vano, en Mons nadie chistaba. Delante tal desengaño, redujo á un cañoneo, ruidoso y no eficaz, las operaciones contra el enemigo; y como ignoraba la importancia y número de éste, aguardóse para operar con buen éxito á tener noticias de Dillon y los suyos con certeza. En cuanto supo el caso adverso, no vaciló ni por una hora, en acordar la retirada, que aquella noche misma quisiera efectuar, de no temer al cansancio de sus propias tropas y al ignorar el número de las tropas enemigas. Muy mal había Biron á la verdad calculado su operación, fiándola más que á sus combinaciones militares al golpe y concurso popular. Una operación de reconocimiento se imponía y no una operación de retirada. Para calcular bien la fuerza del enemigo bastábale saber, como sabía, que sólo contaba el imperio con cuarenta mil hombres en toda Bélgica, y dados los puntos de las fronteras á cubrir y las probabilidades múltiples de invasiones parciales á rechazar, no podía, no, aglomerar en defensa de Mons mucha gente. Fué lástima no intentar el reconocimiento como se lo aconsejaba todo, la misma desgracia de Dillon, reparable con un poco de arresto y una mayor confianza en su propia gente, quien tocada del virus general de la sospecha, debía muy pronto ponerse también á gritar: «¡traición!» Pero quedó este grito helado en los labios de algunos coraceros, que desertaron, mientras el grueso de las tropas aunque picado por los extendidos recelos, pudo mantenerse bien y llegar hasta Quievren sin desorden, el día 30 de Abril. Mas, á poco de llegar, súbito inesperado ataque de húsares descompuso un batallón de nacionales; á estos húsares bien pronto siguió la infantería; y á esta infantería el pánico de Turnay se repitió, yéndose desbandados los cuitadísimos militares á Valenciennes, no sin dejar en el campo tres piezas de cañón abandonadas, siete furgones provistos y cien prisioneros de guerra.

¿Qué hacía entre tanto, Lafayette? Pues no hacía nada. Presentíase las operaciones militares suyas con sólo recordar su posición política y antiguo poder. General ciudadano, conocía más las guerras civiles que las guerras extrañas; eterno miliciano nacional, campaba mejor en las calles por sus respetos, que en los campos. Maduro ya de años, imaginaba que, procediendo como en América, rehacía su gloria y renovaba su vida, sin calcular cuán distinto era un ejército sajón de un ejército francés, y cuán diversas las posiciones del ejército realista inglés, á tanta distancia de su patria, sin retirada posible, y del ejército

realista germano, que operaba sobre suelo propio, y tenía todo un Imperio á su espalda. Luego, Lafayette no estuvo nunca por una guerra de ofensa; estuvo siempre por una guerra de defensa. Creía que vencedor el pueblo francés, quedaba la Monarquía vencida; y que vencedora la Monarquía; con auxilio del extranjero, quedaban ó la corte ó la emigración vencedoras, ambas hostiles á su persona y aborrecedoras de su nombre. Luego, estaba con el gobierno á matar. Le inspiraba risa el pedantismo de madama Roland, compasión, la virtud estoica del pobre su marido, á quien creía engañado por ella en su política y engañado en su hogar; sospechas Dumouriez; desconfianza todo el mundo. Popular un momento, el pueblo no le quería ya en esta hora solemne de arrastre á una empresa tan arriesgada y apercibirse á un combate tan tremendo; republicano en América, le disgustaba la República en Francia, para cuya salvación y seguridad no veía en un Washington, sino en su propia persona, desconocida de todo el mundo; constitucional, á la llegada de los girondinos, predominantes en la joven Asamblea legislativa, su escuela de transacción se había desacreditado, y su partido de componendas se había roto, quedando en fragmentarios bólidos por el espacio, sin componer un cuerpo que brillara de nuevo; puesto bajo las órdenes de Dumouriez no creía en la competencia y en la moralidad de su Jefe; y por lo respectivo al ministerio, hechura de Brisot. é inspirado por la Roland, contaba con los dedos lashoraslarguísimas de su nefasta existencia, y más que á sostenerlo con todas sus fuerzas, apercibiase á derribarlo con todas sus influencias. No obstante todo esto, cumplió las órdenes recibidas, y reunió en Givet, para ir con ellos á Bélgica unos cuarenta mil hombres. Disponiase á comenzar cuanto en el plan de operaciones le tocaba cumplir, mientras Dillon y Biron eran derrotados. Una carta de éste le puso al cabo de todo, y una recomendación del ministro para que no se arriesgase á nuevas derrotas, lo paralizó en todo. Mal cabeza de una guerra quien la emprende sin fe alguna en sus móviles y sin esperanza en sus resultados. El general, que no deseaba sino quedarse allá en la frontera, cambió la recomendación de prudencia en una orden de pararse, y se quedó inmóvil en los campos de Givet. El lance claro entre tantos yerros encontraba en quien podíamos llamar el generalísimo su correspondiente corolario, que debía formularse con estas dos palabras: universal retirada. Porque los tres mil hombres de Dillon se habían retirado en una desbandada producida por inmotivado pánico. Biron se retiraba también teniendo fuerzas muy superiores á las del enemigo sin siquiera intentar un reconocimiento; y porque se habían retirado uno y otro, se quedó inmóvil el buen Lafayette, contando como contaba con harto número de fuerzas para intentar una invasión en Bélgica y obtener en esta invasión una ruidosa victoria. Recordando todo esto con cuidado, viéndolo con viveza, en seguida se nota cómo el estado de ánimo, en que los generales se hallaban, producía los pánicos del soldado y quitaba de los corazones la confianza en el triunfo. Calculábalo todo á derechas el genial Dumouriez: disponía en medio de la penuria general todos cuantos pertrechos y

provisiones y material de guerra se necesitaba; pero los encargados de cumplir sus planes aumentaban el número de los contrarios, disminuían el número de los suyos y maniobraban á una con tal torpeza, que infundía al pecho y al labio, así del ejército como del pueblo, la palabra traición. Y todo provenía de un error muy grande, transcendental, bien pronto reparado por el instinto nacional, pero entonces imperioso; del error de imaginar que un ejército debe tener organización distinta en los pueblos libres que en los pueblos esclavos. No; el ejército es igual en América y en Rusia. Podéis reclutarlo por leva, por alistamiento universal, por paga y merced, como los ingleses, por quintas, como queráis; pero tenéis que ponerlo sobre una terrible ordenanza, y que organizarlo con una gran disciplina, pues no busca la muerte de cara, si no tiene también la muerte á su espalda.

«Donde no hay harina todo es mohina.» De las victorias quieren los hombres la paternidad; de las derrotas declina cada cual sobre su correspondiente vecino las tremendas responsabilidades. El espíritu público se volvió indignado contra los fautores de tamaña, desgracia, contra los generales, sin entender que andaban á tientas en una empresa, la cual no idearon ellos, y con un ejército que ellos no conocían. Mas, por lo mismo, estaban en el caso de callarse. Sin embargo, quien más alzaba el gallo, y menos escrúpulos sentía en acusar á todos, era quien lo echó á perder todo, el vanidoso Lafayette. Carecía de sentido común la especie mantenida con descaro por él de que Dumouriez lo estrellaba, para desasirse de su influjo y conjurar su magna sombra, después de haberse á ciegas estrellado él mismo en una inacción, á la cual, por lo muy torpe, no se le puede acusar de traidora: que no son las traiciones tan por extremo cándidas, ni los traidores tan por extremo estúpidos. Casualmente Dumouriez le diera el sitio que guardaba con mayores gérmenes de gloria mayores probabilidades de poder, arriesgándose á todo por su personaje, como él, sospechoso entonces á todos los enemigos é indiferente á sus amigos, con muchos que le atacaran y pocos que le defendieran. La salvación de Dumouriez, tan combatido, estaba en la victoria de Lafayette, tan sospechado. No viéndolo, mostraba el general de América su poca perspicacia. Toda la suerte política de Dumouriez hallábase ligada por apretada ligadura con la victoria del ejército revolucionario. Así, gritaba como un energúmeno en su dolor, no contra la traición de los generales, tenía Dumouriez demasiado talento para imaginarlos traidores, contra su torpeza. En carta confidencial á Biron le decía: «Habéis ido locos y vuelto imbéciles.» Mas todo andaba manga por hombro en el natural desconcierto revolucionario; y el ministro de la Guerra dictaba órdenes al ejército del Mediodía dispuesto contra Cerdeña y tal ejército sólo constaba en los papeles del ministerio; no había existido nunca. Dumouriez, que soñaba triunfar, mandando y dirigiendo idealmente sus ejércitos por las orillas del Rhin y por las cumbres de los Alpes, vió todas sus ilusiones ahogadas en las corrientes de los ríos que había imaginado taraversar y disueltas bajo la pesadumbre de los montes que había intentado subir. Un mi-